

neral. El rey combatió como Juan el Bueno en Poitiers, y si fué, como él, el mejor soldado de su ejército, fué, como él, el principal autor de su ruina.

D. Sebastian no dudaba ya de su derrota, cuando encontrando á uno de sus mas valientes capitanes, le preguntó por el estandarte real. «Está salvado, le dijo Luis de Britto, enseñádoselo arrollado al rededor de su brazo; pues rodea un brazo que sabrá defenderlo.—Abracémoslo y muramos con él, respondió el rey.» Y en efecto, lanzándose de nuevo á la refriega, combatió con indomable ardor. En vano le suplicaban que se dejase prender y que mirase por su vida; el rey solo queria morir, y continuaba matando, hasta que por último, despues de ver expirar ó caer prisioneros á todos los suyos, despues de haberse visto él mismo en poder del enemigo, se alejó sin que nadie le persiguiera. ¿A dónde fué á parar entonces? Nadie lo sabe. ¿Retrocedió acaso para no sobrevivir á su vencimiento? ¿Diéronle muerte los marroquíes que se disputaban la posesion de su persona? ¿Hiriéronle tal vez léjos del campo de batalla, allí donde al dia siguiente le reconoció su page á pesar de las numerosas heridas que le desfiguraban?

Muley Ahmed nada habia omitido para prevenir tan terrible catástrofe. Cuando despues de combatir con valentía, comprendió que ya no habia esperanza, resolvió librarse de la desgracia comun, y seguido de algunos centenares de ginetes, dirigióse á Arzila; pero llegado á las orillas del Makhzen, no pudo encontrar el vado, y acrecidas las aguas por la marea que sobrevino, pereció en ellas miserablemente en presencia de sus compañeros. Así terminó la batalla de los tres reyes; de suerte que el único príncipe que quedó para recoger el fruto de esta gran jornada, fué el hermano de Moluc, Hamet, á quien las tropas victoriosas del renegado Talabo proclamaron sherif en el campo de batalla de Alcázar Quiver.

Importancia de esta derrota.

Cuantos portugueses quedaron en el campo de batalla, cuantos cayeron prisioneros, cuantos se refugiaron en la escuadra que cruzaba delante de Arzila, nadie puede decirlo todavía atendidos los contradictorios asertos de los escritores contemporáneos. Pero si bien son inciertos los resultados materiales de aquella gran

jornada, lo incontestable es que con ella terminó tristemente el glorioso período de la historia portuguesa. El dia anterior aun, ¡cuánto esplendor y cuántas esperanzas, á pesar de algunos gérmenes de decadencia! El dia siguiente, cuánto abatimiento! cuántos temores! Bastaron la destruccion de un ejército y la muerte de un rey para cambiar tan completamente el aspecto de las cosas, para realizar tan completamente los temores que despreciara D. Sebastian.

Cuando se supo en Lisboa y en Portugal la fatal noticia, quedaron todos consternados, conociendo que acababa de sucumbir, no solamente el ejército de D. Sebastian, sino la fortuna de su país. ¡Adios gloria, adios grandeza, adios imperio tan milagrosamente adquirido, tan gloriosamente conservado! Ya es llegada la hora de la decadencia; Portugal ha de caer despues de la pérdida de tan valientes soldados, despues de la muerte prematura de un soberano sin posteridad. Todo el duelo nacional se resume en estas palabras de Camoens moribundo. Cuando conoció la herida que su patria acababa de recibir, sondeó toda su profundidad, y alegrándose de morir, exclamó: «¡Al menos muero con ella!» Camoens no habia vivido sino para ella, no habia cantado sino á ella, y merecia no sobre vivirla.

CAPÍTULO XIII.

Ojeada sobre la literatura portuguesa; Camoens muere con su país.

ANTIGÜEDAD DE LA LENGUA PORTUGUESA; PRIMEROS MONUMENTOS DE ESTA LENGUA EN PROSA Y EN VERSO.—LA POESÍA SE DESARROLLA BAJO LA INFLUENCIA DE LAS GRANDES EMPRESAS DE PORTUGAL.—ORÍGEN Y NACIMIENTO DE CAMOENS (1525).—JUVENTUD DE CAMOENS; SUS PRIMERAS POESÍAS; SU DESTIERRO; PLAN DE LAS LUISIADAS.—PARTE PARA AFRICA, Y LUEGO PARA LAS INDIAS; SUS HECHOS; SUS VERSOS.—DESTIERRO DE CAMOENS; SUS LARGOS INFORTUNIOS.—VUELVE POR FIN Á LISBOA; GLORIA Y MISERIA; SU MUERTE.

Antigüedad de la lengua portuguesa; primeros monumentos de esta lengua en prosa y en verso.

Maravillosa coincidencia! En el mismo momento en que Por-

tugal pierde su poder, pierde tambien al mas ilustre representante de su literatura: así debia ser. Todas las glorias son hermanas, y solo es propio de grandes generaciones producir grandes escritores. Sófocles es contemporáneo de Pericles, Virgilio de César, Shakespeare de Isabel, Moliere de Luis XIV. Los pueblos degenerados no saben obrar ni escribir.

Antes de que el autor de las *Lusiadas* enalteciese la literatura de su país, la lengua portuguesa no habia sido estéril. Nacida de la mezcla del latín con un poco de alemán y de árabe, pronto fué el idioma de toda la España occidental. Sus mas antiguas producciones se remontan al siglo XII, esto es, á una época en que apenas existia el castellano. Es de observar, empero que estos primeros monumentos no son mas que libros de caballeria: *Menina y Moza*, por Bernardo Ribeiro; el *Imperador Clarimundo*, por J. de Barros; la *Historia de Carlomagno*, por J. M. de Carvalho, y el *Viejo Palmerin de Inglaterra*, por Fr. Moraes, que causó la admiracion de la Europa. El amor, las cruzadas y los recientes descubrimientos son las principales fuentes de aquellas primeras inspiraciones poéticas. Los caballeros se contentaban con referir sus proezas, sus quejas, sus esperanzas, como nuestros trovadores, hombres de accion por lo comun, y poetas segun las circunstancias. Nadie habia aun pensado en hacer de la literatura una profesion.

Entre aquellos antiguos poetas figuran reyes y príncipes: Dionisio, Alfonso IV, Pedro el Justiciero, D. Pedro y D. Juan II. Era natural que la poesia naciese cuanto antes en aquel hermoso clima, con una lengua armoniosa y con los grandes acontecimientos que cada dia ocurrían. En cuanto á las obras mas graves y en las que la fantasia tiene menos parte, como la historia, la teología, la jurisprudencia, siempre se escribian en latín, entonces la lengua comun de la Europa ilustrada. De aquí el profundo olvido en que hoy han caído la mayor parte de aquellos escritores. El mas ilustre es J. Osorio, imitador de Ciceron, quien intituló su historia: *De Rebus Emmanuelis*. Este libro salió á luz en 1571.

En aquella época la lengua portuguesa era empero bastante fija y precisa para poderse emplear hasta en la prosa, y en prueba de ello citaremos la historia de Barros sobre las conquistas de

los portugueses en Asia, la de Diego Coelho, su hábil continuador, y las excelentes memorias de Albuquerque. Del mismo modo que la nacion estaba dispuesta para las grandes acciones, el idioma se perfeccionaba para referirlas. Cada pueblo llega á una edad viril, durante la cual disfruta de la plenitud de su fuerza, si bien esta juventud es mas ó menos brillante, mas ó menos duradera.

La poesia se desarrolla bajo la influencia de las grandes empresas de Portugal.

Si pues la prosa portuguesa nacia bajo la impresion de las maravillas realizadas entonces por aquella pequeña nacion, ¿no debia desarrollarse mas rápidamente la poesia? El entusiasmo era natural, la imaginacion habia de exaltarse. Ni siquiera era necesario inventar: la realidad desnuda sobrepujaba las ficciones mas atrevidas, y bastaba reproducir en rimas armoniosas la incomparable poesia de los hechos.

Sin detenernos en aquella multitud de poetas que continuaban cantando las delicias del amor ó las bellezas de la naturaleza, examinemos el movimiento poético á que dieron lugar los descubrimientos y las hazañas de los marinos portugueses. Los nombres de Gouvea, Socoto, Caminha, Quevedo, Brandao, Lobo y Corte Real, están aun en todos los labios, porque celebraron la gloria nacional, porque sus poesias son un monumento elevado en honor de la patria comun. *El sitio de Din* por Corte Real, y el *Poema de Nuño Alvarez Pereira*, por Lobo, ocupan el primer lugar entre las epopeyas portuguesas.

Origen y nacimiento de Camoens (1525).

Mas todos ellos desaparecen ante el Homero portugués, ante el autor de las *Lusiadas*, ante Camoens. Es tal la gloria que circunda á este nombre, que ha eclipsado á todos los demás; parece que en él se resume toda la ilustracion literaria de Portugal, y aunque sin asociarnos completamente á tan exclusiva admiracion, como no tiene rival entre los portugueses, vamos á interrumpir por un momento el curso de nuestra relacion. La historia de Camoens completa naturalmente la de la grandeza portuguesa.

¿Cuál fué el origen de Camoens? Sin descender del antiguo

príncipe griego Cadmon, Camoens era de noble raza. Sus antepasados moraban en Galicia, en donde poseían vastos dominios, cuando se suscitó entre ellos y sus vecinos los Castera (1370) una de aquellas tristes disensiones que de continuo conmovían la sociedad feudal. Los Camoens, menos poderosos, resolvieron espatriarse, y pidieron auxilio á D. Fernando, quien les colmó de distinciones y presentes.

Pronto fué de nuevo alterada su tranquilidad. Los Camoens no habían podido menos de interesarse por doña Beatriz, hija de su bienhechor, contra Juan I el Bastardo. Vencidos con ella en Aljubarrota, perdieron todos sus bienes, excepto la finca de Evora, conocida aun con el nombre de Camoeyra.

Sin embargo, la familia de Camoens, sin perder su buen nombre y reputación, se empobreció. Uno de ellos, Juan Vaz, se distinguió sirviendo á Alfonso V; otro, Antonio Vaz, casó con doña Guiomar de Gama, parienta de Vasco de Gama. El padre de Camoens fué un hijo de Antonio, llamado Simon Vaz, y se enlazó con Ana de Sa e Macedo. La sangre unía pues al que fundó la grandeza portuguesa al que la inmortalizó con sus versos.

Santarem, Coimbra y Lisboa se disputan la honra de haber visto nacer al Homero portugués. Aunque hoy es indiferente esta cuestión, todo parece probar que Lisboa fué realmente su patria. Sus padres vivían en el barrio de los moros, y cuando él fué relegado á Santarem, se consideró desterrado. El nacimiento de D. Luis de Camoens, debe fijarse en 1524 ó 1525, esto es, por los años en que Vasco de Gama terminaba su gloriosa carrera.

Juventud de Camoens; sus primeras poesías; su destierro; plan de las *Lusiadas*.

Los primeros años de Camoens son muy poco conocidos. A lo que puede conjeturarse, no fueron felices, y parece que su mismo silencio lo indica bastante. Su madre murió jóven, y su padre estaba siempre ausente corriendo como todos los navegantes de la época, en busca de nuevas tierras.

Encontrámosle en Coimbra entre el sinnúmero de estudiantes atraídos de todas partes por los doctos profesores de aquella universidad. Camoens se dedicó á todas las ciencias que allí se en-

señaban; pero al par que admiraba las sublimes creaciones del genio antiguo, ó estudiaba con afición los anales de su país, daba el primer vuelo á su naciente imaginación (1). En el estudiante se revelaba ya el poeta. Cuando su corazón estaba triste, cuando necesitaba estar solo, encaminábase lentamente hácia las claras aguas del Mondego, y allí, sentado en sus márgenes, evocaba el dulce recuerdo de Inés.

Cuando Camoens volvió á Lisboa, contaba unos veinte años. Como su cuna no le permitía figurar en la corte, hízose poeta, y sus versos le abrieron pronto las casas mas nobles. Sus amigos mas ilustres eran D. Manuel de Portugal y D. Constantino de Braganza; y sus amigas mas dulces, Doña Guiomar de Blasfe y Doña Francisca de Aragao. Era ya tal la reputación que Camoens debía á sus sonetos, odas y églogas, que no había mujer que no se honrase de obtener sus homenajes y su corazón.

Así disipaba Camoens su genio y su alma, sin otro guía que su imaginación, sin otro objeto que el placer, cuando un viernes santo, segun se cuenta, se le apareció en una iglesia, la que debía fijar sus errantes aspiraciones. ¿Quién era aquella mujer? Nadie acierta á decirlo, y tal vez vale mas ignorarlo. Todo lo que de ella sabemos, es que era hermosa y de muy noble alcurnia para que nuestro poeta pudiese pretender su mano. Desde entonces dirigió Camoens sus versos á esta bella desconocida, que fué su musa con los dulces nombres de Natercia, Dinamena y Violanta. ¿Cuál fué el fruto de esta pasión repentina? El desprecio insultante de una familia poderosa, tal vez los desdenes de la persona amada, y luego despues el destierro para prevenir los efectos de tan seductora ternura. Tal fué á corta diferencia la suerte del Tasso.

En el fondo de su destierro, Camoens no cesó de amar á la que lo causaba; pero al par que exhalaba sus quejas en sentidos sonetos, su corazón se abrió á un amor no menos imperioso, al amor patrio que le inspiraron las poesías y crónicas nacionales. Henchido de este nuevo fuego, lo convirtió en estrofas entusiasmadas sobre la gloria de Portugal, y de aquí nació el plan de las *Lusiadas*. Este hermoso poema es la historia elocuente de los

(1) Véanse sus primeros sonetos.

descubrimientos portugueses, un canto de amor, un himno en honor de cuantos los realizaron, favorecieron ó defendieron. La verdadera musa de Camoens fué el patriotismo.

Camoens parte para Africa y luego para las Indias; sus hechos; sus versos.

A los dos años de destierro, Camoens pudo volver á Lisboa, pero ya no podia suportar la indiferencia de su amada, ya careciese de recursos, ya quisiese tambien asociarse á los hechos que iba á cantar, salió dentro de poco para Africa, en donde no tardó en distinguirse, lo cual le costó un ojo; pero así pudo preciarse de ser digno de celebrar el valor. Es grato ver que una misma mano empuña, ora la pluma, ora la espada. Ni en sus gabinetes, ni en las historias, ni aun en Homero, deben los poetas aprender á cantar á los héroes, sino mas bien obrando como ellos, desafiando los mismos peligros, buscando la misma gloria. Solo se dice bien lo que uno mismo ha experimentado. El poeta épico necesita una espada tanto como una lira. Tal fué Camoens: tales fueron los mas de los poetas antes de que la literatura fuese un arte y un juego de imaginacion.

La esperanza de una recompensa ó las ilusiones del amor llevaron de nuevo á Camoens á Lisboa, en donde solo halló decepciones (1552), y desde entónces solo pensó en huir de ella, por mas doloroso que le fuese. Cuando el *Sao Bento* dejó las playas portuguesas, él mismo dice que exclamó como Escipion: *Ingrata patria, no poseerás mis huesos*. Si esto es así, es el único grito de cólera, la única queja que el poeta patriota profirió contra su país.

En defecto de la dicha que le era imposible alcanzar, el triste Camoens iba á buscar en las Indias un poco de gloria y de tranquilidad.

No bien hubo desembarcado, puso sucesivamente su espada al servicio de Noronha y de Mascarenhas, y se hizo admirar de todos sus jefes, ora en el golfo Arábigo, ora delante de Ormuz. Pero Camoens no sabia lisonjear el vicio triunfante, ni siquiera callar; y cuando al volver á Goa vió las magníficas fiestas con que Francisco Baretto, indigno sucesor de Mascarenhas, celebraba su elevacion, no pudo imponer silencio á su enojo

De aquí sus *Bromas contra algunas personas amigas del vino*, y sus *Disparatas da India*, en que pinta tan vigorosamente los desmanes de los europeos en Oriente.

Destierro de Camoens; sus largos infortunios.

A buen seguro que los *Disparatas* solo merecian la admiracion, ya que Camoens, clamando contra los excesos de sus compatriotas y excitándoles á la enmienda, sostenia la causa del honor y de la patria; mas Francisco Baretto no fué de esta opinion, pues se reconoció á sí mismo bajo aquella pintura general, en aquel espejo público. Denigrar la usurpacion, la codicia, el libertinaje y el orgullo, era atacarle á él mismo, y juró vengarse. Camoens expió pues en la cárcel su virtuosa cólera, y luego despues el gobernador general le hizo embarcar para las islas Molucas. ¡Cual debió de ser el dolor de Camoens! No era bastante encontrarse tan léjos de su patria, de su amada, y aun sin recursos á pesar de sus servicios, sino que era preciso ir á mil doscientas leguas de Goa, á vivir solo con el amargo recuerdo de sus desgracias. Partió á primeros del año 1556.

Lo que fué de Camoens durante los tres años de este destierro, es imposible decirlo en la actualidad; pero es probable que se trasladó desde Goa á Malacca y desde Malacca á las Molucas, en donde vivió, ora en Ternate, ora en Tidor, sin otro consuelo que los armoniosos suspiros que sus desdichas le arrancaban. Allí supo la muerte de su amada, pues á pesar de encontrarse relegado á los extremos del mundo conocido, esta triste noticia fué á sorprenderle para completar su amargura.

Entretanto Baretto era reemplazado por D. Constantino de Braganza, hermano de uno de los amigos mas cordiales de Camoens. El nuevo gobernador se apresuró á reparar la injusticia de su predecesor, y nombró á Camoens curador de las herencias vacantes en Macao. Aunque tal cargo sentaba muy mal á un poeta, Camoens lo admitió, y al menos pasó diez y ocho meses sin luchar con la miseria. En sus horas libres salía de Macao para la gruta de Patané, y allí, en presencia del Océano, continuaba sus *Lusiadas*.

Sin embargo, Camoens no habia aun acabado de ser infeliz. Apenas habia reunido lo bastante para vivir sin estrechez, cuando al

trasladarse desde Macao á Goa fué acometido por una horrorosa tempestad, hácia las costas de la Cochinchina, y su buque se fué á pique. Camoens se salvó asiéndose de una tabla rota que encontró, y cuando puso pié á tierra en las orillas del Mecom, se vió mas pobre que nunca, no habiendo salvado del naufragio mas que sus *Lusiadas*, tesoro inestimable del que todos menos él se han aprovechado.

Solo le quedaba un medio de salvacion; D. Constantino de Braganza, quien en efecto le mostró la mejor voluntad en cambio de sus justos elogios. Pronto le faltó tambien la última esperanza, por la marcha de D. Constantino, despues de la cual los amigos de Baretto recobraron casi toda la influencia que habian perdido (1561).

Acusado Camoens de malversaciones en Macao, justificóse fácilmente, y perseguido en seguida por una antigua deuda de doscientos cruzados, pagóla con el dinero del nuevo gobernador, conde de Rodondo. ¿Pero qué le quedó al salir de la cárcel á que preventivamente le habian reducido? Nada. Agriado contra los hombres, y no menos descontento de sí mismo que de los demás, ya no pudo subvenir á su subsistencia sino embarcándose cada año en la escuadra portuguesa, combatiendo en el verano, cantando en el invierno, y mezclando á veces amores pasajeros con estas graves ocupaciones. ¿Qué mucho pues que escribiese *El Desorden del mundo*? Veia que el vicio y la estupidez triunfaban, al paso que la virtud, el valor y el genio sufrían continuos disgustos.

Cuando amante desdichado salió Camoens de Portugal, habia jurado no pisar otra vez sus playas. Desde entonces habian ya transcurrido diez y seis años; el dolor que le habia hecho abandonar la patria, se habia amortiguado, y nuestro poeta tenia ardientes deseos de volver á verla. Detenido por la pobreza en las costas del Indostan, aprovechó la primera ocasion para satisfacerlo. Por este tiempo, Pedro Baretto, encargado del gobierno de Sofala, se preparaba para embarcarse, y amigo de la poesia y de Camoens, le ofreció conducirle hasta su residencia: este aceptó. Así adelantaba la mitad del camino, y creia hallar pronto el medio de hacer la otra mitad (1567).

Camoens habia nacido para la desventura. No bien hubo de-

sembarcarse en Mozambique, se indispuso con Baretto, sea á causa de exigencias intolerables, sea porque este quisiese tenerle cerca de sí á causa de su ingenio, siéndo tal entonces su miseria, que hubo de vivir de limosna, esperando que algunos amigos poderosos, que tambien marchaban de las Indias, viniesen á sacarle de apuros.

Camoens vuelve por fin á Lisboa; gloria y miseria; su muerte.

Gracias á sus amigos, pudo por fin saludar las playas de su cara patria. Pero á mas de que Portugal habia ya decaido mucho del esplendor en que le viera cuando partió, y de que la peste ejercia crueles estragos, tuvo el sentimiento de perder á Hector de Silveira, el único hombre con quien podia contar. Desde entonces nada esperó ya de su ingrata patria, á la cual solo venia á pedir un poco de pan y de descanso en cambio de la corona inmortal que para ella entretejía.

En efecto, cuando en 1572, es decir, despues de otros dos años de asiduo trabajo, salieron á luz las *Lusiadas*, toda la nacion se estremeció de entusiasmo, en pocos dias se agotaron dos ediciones, y difundióse la admiracion por los demás paises, el nombre de Camoens se hizo en poco tiempo europeo. Entonces el Tasso dirigió al autor de las *Lusiadas* uno de sus mejores sonetos, y sobrado jóven para igualarle, prometia en él seguir atrevidamente sus gloriosas huellas, apareciendo cinco años despues la *Jerusalen libertada*.

Pero mientras que los portugueses admiran un poema en que encuentran su propia exaltacion; mientras que se alegran al ver la epopeya renaciente y su gloria literaria elevada de repente á la altura de su gloria marítima ¿cuál es la suerte del ilustre poeta? ¿Recibe por ventura el premio de sus trabajos y de su genio, toda vez que no ha hecho menos para la fama de su país que Alfonso Albuquerque ó Vasco de Gama?

¡Ah no! En vano ha dedicado su poema al jóven Sebastian; en vano se ha granjeado la admiracion de la Europa; no recoge de sus vigiliás mas fruto que la gloria, y la miseria continúa abrumándole, pues Camoens que es tan orgulloso como elocuente, no ha querido elevar á sus contemporáneos sobre la generacion precedente; habla y escribe sin temor contra las funestas influen-

cias á que su jóven rey está sometido. Poeta cortesano, le hubieran colmado de bienes; poeta independiente, vejeta, á pesar de su genio, en la pobreza y en el abandono. La mezquina pensión de 1500 reis (unos 350 reales) que entonces obtuvo, no como escritor, sino como soldado, casi nunca le fué pagada.

Así, pues, Camoens conoció todos los apuros de la miseria. Relegado á un aposento de desnudas paredes, al extremo de una calle oscura, la de Santa Ana, no tenía otro placer que el de sentarse entre los jóvenes estudiantes de teología, ó conversar con algunos religiosos; y llegada la noche, el único amigo que habia conservado, el esclavo javanés Antonio, iba á pedir á los transeuntes lo preciso para que su amo comiera al dia siguiente. Entre las personas caritativas que hacian limosna al gran poeta, no olvidemos á la pobre tendera mulata, á Bárbara, que muy amenudo le daba un plato de lo que vendia, y á veces algun dinero. Un esclavo y una pobre mujer, hé aquí pues los mas firmes apoyos del infortunado Camoens!

¿A dónde fué á parar poco despues, cuando la muerte le hubo arrebatado á su fiel Antonio? Agobiado de sufrimientos y pesares, no tuvo mas asilo que el hospital, en donde el Homero portugués resolvió esperar que Dios le librara de sus miserias. Y sin embargo, Camoens no se olvidaba de su patria, pues mientras Sebastian se preparaba para cumplir sus tristes destinos, disponiase él por su parte á celebrar la conquista de Marruecos. Enfrizado por los años y por las pesadumbres, su genio se inflamaba de nuevo al resplandor de la gloria nacional. «Si, dice, á la patria consagro mi lira. Nadie me verá pedir á la fortuna el premio de mis trabajos. Me atrevo á esperarlo de la posteridad. ¡Llor, dirá ella, al que cantó la cuna de sus padres! Escuchad: el nombre portugués va á resonar en mis cantos.» (1). En este mismo momento cundió por Lisboa la noticia de la derrota de Alcazar. Golpe mortal para Camoens! El poeta alzó los ojos al cielo como para dar las gracias á Dios por su próximo fin, y exclamó: «Al menos muero con ella!» Cantor infatigable de la grandeza portuguesa, justo era que no la sobreviviese. En efecto, desde entonces empeoró cada dia, y expiró á principios del año 1579, á los cin-

(1) *Lusiadas*, lib. I.

cuenta y cinco de su edad, sea en el hospital, sea en el pobrísimo lecho de la calle de Santa Ana. Su sepultura fué tan miserable como su habitacion: sin mármol, sin nombre, sin epitafio. Diez y seis años despues, sonrojándose Coutinho por sus conciudadanos, mandó por fin erigirle un sepulcro algo menos indigno de su genio con esta inscripcion:

AQUÍ YACE LUIS DE CAMOENS,
PRÍNCIPE DE LOS POETAS DE SU TIEMPO.
VIVIÓ POBRE Y DESGRACIADO,
Y ASÍ MURIÓ
EN EL AÑO MDLXXIX.

Por lo demás ¿qué le importaban á Camoens los vanos y tardíos homenajes de una patria ingrata? Si el honor de Portugal exigia esta reparacion, ¿acaso no habia sabido grabarse él mismo una inmortal inscripcion en los archivos del genio humano, legando sus preciosas poesías á la admiracion de la posteridad, asociando su memoria á la de Homero y Virgilio, haciendo su nombre inseparable del de los grandes personajes que cantó?

Con todo, las *Lusiadas*, principal monumento de la gloria de Camoens, no deben ser ensalzadas como una creacion sin tacha. Inspiradas por un asiduo recuerdo de la *Eneida*, se prestan aun mas á las mismas críticas que esta: debilidad del plan general, falta de accion, y el escaso interés que infunde el héroe, aunque este héroe sea Vasco de Gama; estos son sus lunares. ¿Por qué no obra en vez de referir? En la accion reside la belleza primordial de la epopeya, así como de la poesía dramática. ¡Cuán superior es en esto Homero! En él no se encuentran largos discursos ni interminables relaciones que mas convienen á la historia que á la poesía épica ó al teatro; en él todo vive, todo respira, todo se anima, todo es accion ó sentimiento. ¡Cuánta unidad y cuanto descuella Aquiles en toda la *Iliada*, ya aparezca entre los griegos, ya se encierre airado en su tienda, ya revelen su presencia sus hazañas, ya su ausencia los males de que la misma es causa! Este es un arte peculiar á Homero; ni Virgilio, ni el Tasso, ni el Dante, ni Milton, por mas grandes que sean, han logrado apropiárselo.

Pero á falta de esta suprema belleza, de la que solo Homero po-

seyó el secreto, las *Lusiadas* tienen derecho á una gran parte de gloria. ¡Cuán deliciosos detalles, cuántos episodios, cuánta elevación, cuánta armonía, y particularmente, cuánto ardor, cuánta elocuencia, cuánto patriotismo! Los mas irresistibles encantos de las *Lusiadas* son hijos de esta generosa y potente pasión: inspiradas siempre por un profundo amor á la grandeza nacional, son mas que un drama, la sentida narración de todos los hechos ilustres de Portugal en aquella época. El poema de Camoens es como un panteón en el cual todas las celebridades portuguesas han encontrado eterna cabida. Tal fué tambien la inspiración de Virgilio: era Roma tan grande en tiempo de Augusto, que aquel gran poeta hubo de cantar su gloria y poderío. Al par que las *Lusiadas*, la *Encida* es un himno á la patria.

CAPÍTULO XIV.

Anarquía y servidumbre (1578—1583).

SUBIDA AL PODER DEL CARDENAL ENRIQUE; SU IMPOTENCIA; SUS HEREDEROS.—DON ENRIQUE FAVORABLE EN UN PRINCIPIO AL CANDIDATO NACIONAL, EL PRIOR DE CRATO, SE DECLARA POR FELIPE II; SU MUERTE (1580).—INTERREGNO; INVASION; FELIPE II REY DE PORTUGAL.—FALSA MODERACION DE FELIPE II; VANAS TENTATIVAS DEL PRIOR DE CRATO.—SUMISION COMPLETA EN 1583; PODER DE FELIPE II.

Subida al poder del cardenal Enrique; su impotencia, sus herederos.

No en valde los portugueses lloraban amargamente la muerte del rey D. Sebastian. Sea cual fuere en sí misma la importancia de esta muerte, sus consecuencias no podían ser mas desconsoladoras, puesto que D. Sebastian no dejaba heredero directo, pudiendo entreverse por consiguiente el próximo día en que se extinguiría la raza de los reyes nacionales.

Solo quedaba de ella un vástago, el anciano cardenal don Enrique, hijo de Manuel, al cual hemos visto ya figurar como gran inquisidor y como rival de la reina Catalina, durante la menor edad de D. Sebastian. D. Enrique era un hombre honrado y bastante instruido, pero su inteligencia, que no había sido por cierto muy brillante, estaba ademas embotada por el peso de los años; y tan luego como se le vió abandonar el convento de Alco-

baza para reinar sobre la belicosa nación de los portugueses, no hubo nadie que no se abandonase á los mas sombríos presentimientos. ¡Reino infeliz cuyos destinos dependían del hombre que lo gobernaba, y que por falta de príncipes, iba á caer desde la decadencia á la esclavitud!

En tal estado de cosas, D. Enrique debía al menos hacer disfrutar á sus pueblos de algunos años de felicidad. Sin embargo, no lo hizo, y ya fuese que las enfermedades y la vejez le hubiesen reducido á la impotencia; ya fuese que pérfidos ministros abusasen de su credulidad; ya que él mismo no supiese relegar al olvido los motivos de resentimiento que le habían dado en otro tiempo algunos de los principales personajes, lo cierto es que solo hizo notable su administración por las venganzas y castigos. Mientras tan mezquinas querellas preocupaban á la corte entera, se ponía en tela de juicio la existencia del mismo Portugal, y Don Enrique se veía obligado á asistir á las discusiones de todos los príncipes que se disputaban, viviendo él, su herencia.

Dícese que en aquellos momentos el anciano cardenal, dócil á las instancias de las cortes y del ejército, concibió el pensamiento de burlar por medio de un enlace todas las ambiciones de que era objeto su corona, solicitando para ello la autorización de Roma, y que hasta llegó á pedir el retrato de Catalina de Médicis. Además de que Catalina tenía á la sazón sesenta años, y que por consiguiente no podía convenir al piadoso rey, preciso es confesar que semejante aserto no descansa en testimonio alguno importante. El reinado de D. Enrique es bastante desgraciado, y no es justo añadirle lijeramente el ridículo.

De todos los pretendientes que aspiraban á la herencia de Enrique, el que parecía reunir derechos mas incontestables era la duquesa de Braganza, Catalina, hija del infante Eduardo y nieta de Manuel. Portuguesa, oriunda de reyes nacionales, y casada con el mas poderoso señor del reino, nada debía temer en efecto si la justicia sola hubiese decidido esta gran cuestión. Sin embargo, tenía por rival al mas poderoso monarca de la cristiandad, al ambicioso Felipe II, el cual, no contento con reinar sobre la mitad de Europa, y sobre toda la América é islas Filipinas, no abandonaba su antigua idea de la monarquía univ ersal. Felipe disimulaba sus pretensiones, y tal vez con la esperanza de hacerlas